

Editorial

La influenza AH1N1, la incertidumbre y la sociedad ante el riesgo

AH1N1 Influenza, Uncertainty and the Society facing the risk

RESUMEN

[Liz Hamui-Sutton, Dra.Sci.Soc.*](#)

Introducción: Entre abril y mayo de 2009, al instalarse un brote de influenza humana en México, el virus AH1N1 originó una incertidumbre epidemiológica que llevó a una incertidumbre social con confusión, desconfianza e incapacidad para encontrar significados coherentes a los contrastes de la realidad.

Objetivo: Resaltar el análisis del proceso de incertidumbre social a propósito de la pandemia de la Influenza A H1N1.

Temas abordados: 1) Análisis de la incertidumbre social y fórmulas para controlar su impacto. 2) Rol de los medios de comunicación masiva en la presencia de la incertidumbre, al predisponer a la población a percibir riesgos e inseguridad. 3) Gestión política del riesgo, priorizando decisiones consensuadas, solidarias y en el marco del respeto a los derechos humanos.

Descriptores: Influenza AH1N1, incertidumbre social, riesgo

ABSTRACT

Introduction: Between April and May of 2009, a swine flu outbreak took place in México; the AH1N1 virus caused an epidemiological uncertainty that led to social uncertainty marked with confusion, suspicion and inability to find consistent meanings to explain what was happening

Objectives: To highlight the analysis of the process of social uncertainty linked with the AH1N1 influenza pandemic.

Reviewed topics: 1) Analysis of the social uncertainty and formulas to control its impact. 2) Role of the mass media in to keep the uncertainty, to predispose people to perceive risks and unsafety. 3) Risk management policy, prioritizing consensus decisions, within the framework of solidarity and respect for human rights.

Keywords: Influenza AH1N1, social uncertainty, risk.

Documento de posición editorial no sujeto a arbitraje.

MPA e-Journal Med. Fam. & At. Prim. Int. 2009, 3 (1-3): 13-16.

Este artículo esta disponible en [www. idefiperu.org/mpa.html](http://www.idefiperu.org/mpa.html)

Filiación del Autor:

*Universidad Nacional Autónoma de México, Departamento de Investigación Educativa de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Medicina.

Dra.Sci.Soc: Doctora en Ciencias Sociales.

Correspondencia para los Autores: Dra. Liz Hamui-Sutton: lizhamui@hotmail.com



La palabra incertidumbre se asocia con descontrol, cambio, situaciones inesperadas, inseguridad, miedo, peligro, amenaza, vulnerabilidad, desconocimiento y un horizonte futuro imprevisible. Entre abril y mayo de 2009, los mexicanos y el mundo entero fuimos sorprendidos con la aparición de un nuevo virus (AH1N1) el cual planteó situaciones individuales y sociales inéditas. ¿Cómo responder ante lo desconocido?, ¿qué tipo de planteamientos formular cuando es insuficiente la evidencia científica sobre un fenómeno para dar seguridad a la población? La incertidumbre epidemiológica nos llevó a actuar como actúan los médicos en la práctica clínica, con base en probabilidades, articulando un discurso racional sobre los riesgos y tomando decisiones provisorias compartidas. En contextos como este, los sistemas de clasificación establecidos se vuelven precarios y se actúa por aproximación, con prudencia, y tomando decisiones, incluso careciendo de un diagnóstico preciso y certero.

Existen muchos factores que influyen en el proceso como el espacio físico y social, el tiempo, la información disponible —biológica, psicológica y social—, la disponibilidad de recursos, los costos, la variabilidad del fenómeno, entre otros. Al calcular el riesgo se debe considerar que el perjuicio de no actuar por no contar con todas las certezas, puede ser mucho mayor que el de actuar aunque se cometan errores. No siempre es posible saberlo todo con precisión, y en ocasiones es más valioso acertar en las decisiones previas que hacer mil pruebas para llegar a una conclusión. El tiempo bajo incertidumbre y la calidad de vida, son elementos sustanciales en la definición de los cursos de acción. La incertidumbre no puede eliminarse del todo, pues estaríamos simplificando la realidad, y siempre habrá efectos no deseados de la acción o nuevos dilemas provocados por el hecho previo. Ello vuelve ineludible la sensación de inseguridad y vulnerabilidad.

La incertidumbre social provoca confusión, desconfianza e incapacidad para encontrar significados coherentes a los contrastes de la realidad. Este tipo de

situaciones, cada vez más recurrentes, y el incremento de la sensación de riesgo imprevisible generan inquietud, retroalimentando con ello la inseguridad. Los seres humanos se sienten vulnerables frente a acontecimientos adversos inminentes ante los cuales no se puede hacer nada, provocando miedo, angustia y llevando incluso al pánico. La incertidumbre no sólo es un estado de ansiedad ante lo desconocido, es una experiencia que se vive como algo vigente. Cuando se termina se vuelve una realidad trastornada y no desaparece del todo, se queda en el ánimo y la memoria personal y colectiva.

La incertidumbre sigue ahí, amenazante, incomprensible y por lo tanto disruptora de un orden estable, de un mundo cercano, familiar, seguro. No en vano, a través de la historia se ha visto como algo negativo, destructor, catastrófico, origen del mal simbolizado en lo diabólico, lo herético, lo infernal, lo apestoso. La incertidumbre como subproducto de la inseguridad y el miedo se inscriben en esquemas culturales específicos sustentados en componentes ideológicos y emocionales. Estos pueden ser manejados conscientemente, aunque sólo hasta cierto punto, pues siempre hay un remanente autónomo que irrumpe y vulnera, pero que al mismo tiempo provoca respuestas, movimiento y creatividad. Algunas de las fórmulas utilizadas a través del tiempo para controlar la incertidumbre han sido la ciencia, los sistemas religiosos, los corpus legales, las utopías, los nacionalismos, la tradición, la creencia en el destino, en la mala suerte, en el complot. Todos constituyen esquemas que dan sentido y ofrecen protección ante lo desconocido e inexplicable. Hoy en día los modelos culturales son múltiples, relativos y etéreos, lo que permite que afloren las incertidumbres con mayor frecuencia e intensidad.

La pregunta que surge entonces es ¿cómo moverse ante situaciones inesperadas?. Aunque no hayan respuestas unívocas, por lo general partimos de la experiencia, de lo conocido, de los signos y significados propios de la cultura que nos ayudan a darle sentido a lo que parece absurdo y a controlar



la complejidad. La ciencia intenta darle racionalidad a los fenómenos explicando sus causas y efectos, analizando los factores involucrados, etc. Pero en situaciones complejas, como la de la influenza AH1N1, los esfuerzos científicos no son suficientes para acotar la incertidumbre. Se requiere de imaginación y audacia para crear horizontes posibles de ser manejados por sociedades cuyos valores, experiencias y expectativas, alcanzando nuevos referentes culturales significativos para disminuir la sensación de inseguridad. Los simulacros ante desastres naturales, la distribución de tareas colectivas en caso de catástrofes, las organizaciones sociales de prevención social son buenos ejemplos de fórmulas que atenúan el riesgo y vuelven más manejables las situaciones de posible descontrol. Ante este panorama tampoco es deseable proceder con autoritarismo e imposición, pues las soluciones consensuadas y el diálogo abierto permiten la producción, circulación y apropiación de las ideas en un ambiente democrático y solidario.

Los medios de comunicación en las sociedades globales y principalmente en los entornos urbanos también contribuyen a mantener vigentes estados individuales y sociales de incertidumbre, motivando a cierta predisposición de la población a percibir riesgos y experimentar inseguridad. Cuando vemos, escuchamos y leemos en los medios sobre el cambio climático, desastres naturales, violencia, bioterrorismo, etc., se desarrolla cierta tolerancia a la incertidumbre, es decir a percibir la realidad como arbitraria, caótica y absurda. Se vive con miedo y desconfianza y se despliegan mecanismos para protegernos mental y físicamente de los semejantes. Sólo así se explican las extremas medidas de seguridad en los aeropuertos, las recomendaciones acerca del comportamiento deseado para evitar atracos en la vía pública, el miedo a la violencia y la inseguridad. De esta manera, los medios pueden convertirse en fábricas de incertidumbre que refuerzan lo experimentado en la vida cotidiana, el riesgo lejano se vuelve cercano, el acontecimiento remoto adquiere actualidad. Ahora percibimos e interpretamos la incertidumbre con independencia de estar inmersos o no

en situaciones de emergencia.

Por ejemplo, aunque la influenza AH1N1 afectó a un porcentaje pequeño de la población, la percepción social del fenómeno transmitido por los medios de comunicación y las medidas adoptadas por el gobierno modificaron los ambientes sociales y las modalidades de interacción personal. Durante la contingencia, los medios despertaron la incertidumbre al destacar la perplejidad, la ausencia de explicaciones y perspectivas, la imposibilidad de ordenar la confusión, la especulación, la incredulidad y el miedo. No obstante, también ayudaron posteriormente a emitir mensajes certeros, formulados por las autoridades de salud, para disminuir los impactos emocionales que estaba provocando la expansión del virus. El “enemigo invisible” fue acotado con medidas higiénicas que se volvieron “neo-mantras” en la red mediática pero cuyo efecto psico-social fue dar certidumbre y un mensaje claro y coherente capaz de orientar las acciones sanitarias. Las medidas anunciadas requerían de la obediencia de la sociedad, lo que significó la restricción parcial de la libertad. El miedo al virus y la percepción de un peligro de muerte inminente llevó a los individuos a apegarse a las disposiciones de aislamiento e higiene decretadas por las autoridades. La pregunta que queda es si fueron suficientes, exageradas o adecuadas las acciones realizadas, y si el riesgo ante la incertidumbre sobre el potencial catastrófico del agente biológico fue bien calculado tomando en cuenta las consecuencias económicas, políticas, sociales y emocionales experimentadas por la población en el proceso.

En la sociedad del riesgo, no es posible extinguir la incertidumbre. Lo que es posible, es identificar colectivamente los riesgos, entendidos como esquemas perceptuales y cognitivos de acuerdo a los cuales una sociedad se moviliza cuando se enfrenta a la apertura, a lo desconocido o a las obstrucciones de su proyecto de futuro, para anticiparse y tomar decisiones precautorias ante lo que se teme. En este sentido, el riesgo se vuelve una construcción social, una abstracción teórica, una noción reflexiva donde se equilibran beneficios y



daños, haciendo del futuro algo elegible hoy. No obstante, en la realidad, siempre habrá consecuencias desconocidas y no deseadas que plantearán nuevos desafíos, los cuales eviten garantizar la seguridad.

Para calcular el riesgo de los eventos en salud se requiere de racionalidad científica y de la experiencia previa, pero también hace falta imaginación, sospecha, ficción y duda. La conciencia de la incertidumbre forma "comunidades de riesgo", que implican la concatenación de decisiones políticas interconectadas a nivel local y global, donde la sociedad civil organizada tiene mucho que aportar. Las decisiones ante la incertidumbre deben darse de manera consensuada y solidaria en el marco del respeto a los derechos humanos, la justicia global y la lucha democrática. La influenza humana AH1N1 fue una de esas amenazas globales que generan inestabilidad y amenazan la integridad personal, patrimonial y colectiva, el reto está en propiciar espacios seguros sin atentar contra la libertad. Tanto la seguridad como la libertad son indispensables para la formación y el desarrollo de los seres humanos, sin embargo, no siempre son compatibles a pesar de ser interdependientes.

De esta manera, la construcción de la percepción del riesgo se asocia con diversos factores que magnifican o minimizan la inseguridad tales como los medios de comunicación, la credibilidad de las instituciones públicas,

la equidad social, la limitación de la libertad individual y social, el bienestar económico, entre otros. La gestión política del riesgo puede darse desde dos ópticas. Primero la preventiva, que busca reducir riesgos y se entiende como un problema de previsibilidad de los efectos no deseados. Esta prevención puede resultar difícil de vaticinar por falta de conocimiento, o que puede aparecer como un "intercambio de riesgos", donde se limita un peligro pero se aumenta otro. El segundo enfoque de la gestión del riesgo puede ser el compensatorio, que busca remediar los daños provocados por omisión. El problema surge al asignar responsabilidades individuales ante un desastre social o natural. El enfoque manejado en la gestión de la influenza AH1N1 por el gobierno mexicano el año 2009, fue del primer tipo de enfoque, y parece que fue el acertado ante la limitada respuesta negativa de la población.

La incertidumbre en el mundo actual es ineludible y tenemos que aprender a convivir con el riesgo a pesar de la dificultad para gestionarlo. La posibilidad de decidir, aunque sea de manera precaria, los riesgos con los que queremos convivir y cómo distribuirlos, tiene un estrecho vínculo con la participación ciudadana y la representación política. En la sociedad civil organizada está la esperanza de la renovación social y cultural, en aras de un proyecto ético político que coloque en el centro los valores de la dignidad humana, la equidad y el bienestar de la mayoría.